

Editorial

“Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño” XXV años después del martirio de Mons. Romero

Veinticinco años después de su asesinato, Mons. Romero tiene gran actualidad en un sector importante del pueblo y de la Iglesia salvadoreña. No obstante el tiempo transcurrido, está presente en la vida nacional y eclesial, e incluso es familiar para las nuevas generaciones, que ya no fueron contemporáneas suyas. Las conmemoraciones de su martirio son masivas y su cumpleaños también es celebrado cada año con cariño filial. Su tumba siempre tiene visitantes, que dejan sobre ella flores, velas y testimonio escrito de favores recibidos o de peticiones y encargos. En los últimos años, en las ciudades más importantes se han levantado plazas y esculturas para rendirle homenaje; algunas de sus calles llevan su nombre. Cada domingo, en la cripta de la catedral de San Salvador, se reúne una comunidad numerosa para celebrar la eucaristía junto a su tumba. En los testimonios personales de muchos salvadoreños aparece como una figura inspiradora y no pocas veces como ángel protector. Mons. Romero también está presente en el arte. Se lo encuentra en la pintura, la música, la literatura, el teatro e incluso en la ópera. El canto y la pintura populares lo recuerdan en muchas producciones. La academia estudia su teología, su homilética, su pastoral, su impacto social, etc. Mons. Romero es el salvadoreño más universal, dentro y fuera de El Salvador.

Esta presencia tan masiva en la vida nacional, para no hablar del ámbito internacional, obliga a preguntarse qué tiene este arzobispo salvadoreño de finales del siglo XX, formado durante la segunda guerra mundial, según los esquemas filosóficos y teológicos tradicionales, que lo hace tan atractivo para las generaciones que lo conocieron y también para las nuevas, para los académicos y los artistas, para las clases populares, pero también para las clases medias y alta, aunque en sentido más restringido. La estatura de Mons. Romero se puede sintetizar en dos activida-

des o, en lenguaje cristiano, ministerios: la predicación de la palabra y la confirmación en la esperanza.

1. La predicación de la palabra liberadora

La obra de Mons. Romero está muy marcada por su labor como predicador de la palabra de Dios, en la cual sus homilías son lo más destacado. De talante más bien tímido e incómodo entre los poderosos, se transformaba cuando estaba delante de un micrófono o subía al púlpito. Entonces, la timidez desaparecía y hablaba con gran libertad y con mucha oportunidad. Su palabra era poderosa. De esta manera, sus homilías dominicales fueron un fenómeno eclesial y social sin precedentes, en la historia salvadoreña. Poco a poco, esas homilías se convirtieron en referente obligado de la realidad nacional. Tanto amigos como enemigos se reunían alrededor del transmisor de radio para escuchar su palabra, difundida por la emisora del arzobispado de San Salvador. En un determinado momento, la homilía fue el programa de radio con mayor audiencia nacional. La reacción de sus adversarios no se hizo esperar. Lo acusaron de predicar la lucha de clases, de agitador político, de dividir a la sociedad, de marxismo y comunismo, e incluso le atribuyeron la responsabilidad de la violencia que asolaba al país. Trataron de sacar del aire su palabra con interferencias y bombas, en la estación de radio. En su último mes de vida, Mons. Romero predicó ante un teléfono, cuya señal llegaba al país por onda corta, desde Costa Rica. Poco después acabaron con él.

Este fenómeno no es simple producto de la casualidad. Por eso, veinticinco años después, es oportuno volver sobre él. Mons. Romero predicó de una forma muy novedosa, no tanto por el contenido de sus homilías, el cual es completamente tradicional, sino por cómo entendió este ministerio cristiano. Hasta el final de su vida, habló con lucidez y valentía de los acontecimientos más oscuros y esperanzadores de la realidad nacional. Comprendió que en esto consistía la historización —o encarnación, en lenguaje teológico— de la palabra de Dios, en la porción de realidad eclesial que le habían encomendado guardar. El énfasis no lo puso en la doctrina, ni en la moral, ajenas a la historia social y eclesial. Sin embargo, aun en este enfoque, fue completamente fiel al magisterio eclesial, que define la predicación homilética como actualización de la palabra de Dios, en la realidad. Por eso, Mons. Romero habló de política, economía, derechos humanos, leyes, organización popular, etc. No lo hizo como académico, ni especialista, sino como pastor del rebaño que habían puesto a su cuidado, es decir, desde la palabra de Dios. Pero eso no significa que antes de hablar de estos temas no se informara con rigor y reflexionara sobre ellos. Por otro lado, su rigurosa fidelidad a la ortodoxia no le impidió tocar ningún tema relacionado con la fe, por tradicional o novedoso que fuera. A pesar de las calumnias y los ataques, que no cesaron, Mons. Romero nunca dejó de predicar y siempre acudió puntual a la cita dominical para pronunciar ante el pueblo salvadoreño su palabra profética.

Mons. Romero tenía sus ojos puestos en la palabra de Dios y en los rostros concretos de los pobres. Por eso, su palabra tenía la fuerza de los antiguos

profetas y de Jesús, y la estructura de sus homilías es consistente con esta doble mirada. Primero explicaba la palabra de Dios y luego la aplicaba a la realidad histórica. De esta manera, su predicación era al mismo tiempo catequesis y profecía. Exponía el plan salvífico de Dios y luego juzgaba la historia a la luz de dicho plan. En consecuencia, se vio obligado, en conciencia, a denunciar aquello que se oponía a la voluntad de Dios y a animar aquello que encontraba en sintonía con ella. Estas dos dimensiones no se yuxtaponen y, por lo tanto, no se pueden separar como si constituyeran bloques aislados. Al dejar de lado la dimensión profética de Mons. Romero, se pierde la dimensión histórica de la salvación. Al prescindir de la catequesis, se pierde la dimensión trascendente de su predicación. El secreto del éxito de Mons. Romero está en haber reunido palabra de Dios y realidad histórica. A amigos y enemigos les pareció que su predicación era muy novedosa. Pero, en realidad, no lo es, ni en su contenido, ni tampoco en su formalidad. Su novedad está en su coherencia y originalidad. De él puede decirse lo que los evangelios dicen de Jesús, que hablaba como quien tiene autoridad.

No hay verdadera predicación sin actualización o historización de la palabra predicada o anunciada, así como tampoco hay salvación sin penetrar ahí donde se decide el destino de la humanidad. Es así como la historización hace eficaz y salvadora a la palabra. Esta adquiere eficacia y poder cuando comunica verdad y anuncia utopía. Es un poder que no cualquier palabra posee, sino sólo aquella que está actualizada. Entonces, cuando esa palabra es comunicada se vuelve acción o, al menos, en principio de acción, es decir, desata acciones nuevas, genera actitudes nuevas y crea realidades también nuevas. Su poder se deriva de su naturaleza profética



y utópica, de su racionalidad y de su credibilidad. Con esta palabra, Mons. Romero denunció el pecado de los opresores y fue profeta. Defendió al pueblo de los mercenarios que medraban y fue pastor. Por causa de esta palabra le dieron muerte y es mártir. Y dejó en herencia esta palabra al pueblo y a la Iglesia salvadoreñas.

Mons. Romero se tomó muy en serio el encargo de quitar el pecado del mundo y hacer presente el reinado de Dios. El mismo Dios había dado el ejemplo, al encarnarse en la historia para liberar a la humanidad del poder del pecado. Fiel a su fe, en este Dios liberador del éxodo y del Nuevo Testamento, Mons. Romero también entró de lleno y con determinación en la encrucijada de la historia para cumplir la misión que le habían encomendado. En consecuencia, los conceptos fundamentales de su teología de la salvación incluyen esta doble dimensión: historia y trascendencia, encarnación y pobres, liberación y pecado, anuncio y conflicto. Por eso, prestó especial atención a la realidad nacional y la juzgó, de forma más analítica que descriptiva, con un criterio insobornable, según le fuera a las mayorías desposeídas y desde la luz de la palabra de Dios. Puso el poder episcopal del lado de los desposeídos y no de los poderosos de este mundo. Siempre atento a los desarrollos coyunturales de esta realidad, apoyó aquello que consideró beneficioso para el pueblo y denunció aquello que le pareció ser un mal. El conflicto con los ídolos de la opresión era inevitable, porque salvación y opresión son irreconciliables. No buscó el conflicto, ni la muerte, sino que éstos le sobrevinieron por ser fiel a la vocación para la cual había sido llamado por Dios. La cuestión no era, pues, una determinada forma o estilo de predicación, sino la voluntad salvífica de Dios, que envía mensajeros a su pueblo y a su Iglesia.

La fuerza de la palabra de Mons. Romero era su compromiso incondicional con la verdad, la de Dios y la de su pueblo, del cual era pastor. Estaba convencido que su misión era iluminar, desde ella, lo humano y lo inhumano, y también lo cristiano y lo no cristiano. Habló con la convicción y la radicalidad de quien predica la palabra de un Dios de vida y no de muerte y, para quien lo último de la realidad es el bien y no el mal. Así como sacudía las conciencias, llamaba a la conversión y animaba a ser fiel al evangelio. Su palabra era temida por unos, porque el mismo Dios denunciaba sus idolatrías; pero era esperada y acogida por otros, porque ese mismo Dios les daba ánimo y esperanza, y también la razón. Los aplausos, cada vez más frecuentes, eran el asentimiento espontáneo y popular. Era el reconocimiento de la verdad de su predicación y manifestación explícita de su acogida. La situación con la cual se encontró hizo que se propusiera "ser la voz de este pueblo... ser la voz de los que no tienen voz", y lo consiguió. Contrario a lo que opinaban sus enemigos, su aspiración era hacer presente el mensaje del reino de Dios y llevar a todos, sin exclusión, al encuentro personal con él. Pero para eso era necesaria la conversión. Quienes lo acusaron de utilizar la predicación para difundir un mensaje político, estaban ciegos; culpablemente ciegos, porque se negaron a ver su pecado y a abandonar sus idolatrías.

La pasión de Mons. Romero por la palabra era urgida por la situación del pueblo salvadoreño, aplastado durante décadas por la injusticia y aterrizado por la represión, y también por la falta de verdad de sus dirigentes y de los medios de comunicación de masas a su servicio. Los medios ignoraban, mutilaban y tergiversaban esa realidad nacional y atacaron a Mons. Romero como a un enemigo. Y lo era, en verdad, porque mientras ellos difundían mentiras, él los desenmascaraba con la verdad. Como no tenían argumentos, lo insultaron y calumniaron. En este contexto, la palabra veraz que pronunció tuvo una enorme eficacia, se volvió principio de acción y desató historia. Entendió que su función como predicador era señalar los caminos de la historia por donde Dios sale al encuentro de la humanidad. Para ello contaba con su conocimiento directo del pueblo salvadoreño. En esta tarea, por otro lado, la Escritura es insustituible para discernir la presencia y acción divinas. Pero también lo era aproximarse a la realidad a la cual debía iluminar y en la cual esa palabra debía encarnarse. En la palabra de la fe vio el gran don de Dios a la humanidad y al pueblo salvadoreño en particular. Pronto descubrió que había auténtica hambre de esta palabra de fe y esperanza. Entonces se sintió obligado a anunciarla sin descanso. Sin anuncio, la palabra no rinde fruto, pero la suya lo dio en abundancia. Pudo retirarse ante las amenazas crecientes contra su seguridad personal, pero prefirió continuar al frente, como buen pastor, por fidelidad a Dios y a su pueblo.

Mons. Romero unió para siempre a Dios con el pueblo salvadoreño. Esta unión lo lleva a velar por él y a defenderlo de quienes lo atacan, a descubrirle la mano de Dios en las coyunturas y a denunciarle su pecado, cuando era necesario. En su ministerio arzobispal consumó esta unión, pero en sus homilías lo hizo de manera egregia. Además de sus homilías, Mons. Romero dejó escritos doctrinales, cartas pastorales y discursos teológicamente sólidos. En ellos, su mirada es serena y reflexiva, fundamentada en la tradición, pero también audaz, en su afán por iluminar los tiempos que le tocaron. Cuando presintió su muerte, con una asombrosa conciencia de misión, pidió a su pueblo y a su Iglesia continuar la tarea empezada de propagar esa palabra, cuando él ya no estuviera. La palabra de la verdad y de la fe no podía morir.

La seriedad y la fidelidad con la que Mons. Romero asumió su misión responden al amor de un pastor compasivo ante el sufrimiento de su rebaño. Ese amor explica su coherencia y su resistencia. Paradójicamente, Mons. Romero suscitó una gran esperanza. No toda vida suscita esperanza, pero vidas como la suya, entregadas sin reservas y hasta el vaciamiento total, al servicio de quienes sufren, sí lo hacen. El gran amor que encontró en muchos le dio esperanza y él, a su vez, con su servicio incondicional, generó esperanza en otros. Ya muy pronto, en 1977, al comienzo de su ministerio arzobispal, anunció, “Mi posición es el deber de un pastor que siente **alegría, al mismo tiempo que la angustia, de vivir con su pueblo y desde el pueblo, fiel a la voluntad de Dios, caminando por un camino que sea verdaderamente los caminos del Señor**”.

2. La conciencia crítica que confirma en la esperanza

Los tres años del ministerio arzobispal de Mons. Romero fueron trágicos. Después de él, siguió una década también trágica. Parecía que el país no tenía salida y la impotencia se hacía sentir con fuerza. Sin embargo, Mons. Romero siempre supo encontrar y señalar posibilidades, aun cuando no fuesen más que eso. De esta manera, aun cuando fue conciencia crítica del país, suscitó esperanza. En unas condiciones adversas, similares a las actuales, demostró fortaleza ante la dificultad y siempre esperó y logró que otros también esperasen. Había que ser muy fuerte y mantener una esperanza muy firme para sostener, en aquellas circunstancias de 1979, "Ya esta fulgurando la aurora de la resurrección. Para nuestro propio pueblo también ha de llegar esa hora... Y por eso mi palabra quiere ser una palabra de esperanza y de fe en Jesucristo".

Su palabra era temida por unos, porque el mismo Dios denunciaba sus idolatrías; pero era esperada y acogida por otros, porque ese mismo Dios les daba ánimo y esperanza, y también la razón.

Cada semana, con una fuerza desconocida hasta entonces, denunció la represión estatal contra el pueblo y enumeró las violaciones de los derechos humanos. Habló de lo que nadie se atrevía a hablar y lo hizo con firmeza. Aquellos no eran todavía los años de la guerra, sino los de una represión brutal, cuyo propósito era acallar las protestas e impedir la sublevación popular contra el régimen militar de la oligarquía terrateniente. Fueron años de capturas arbitrarias, de torturas, de desapariciones forzadas, de ejecuciones sumarias y de asesinatos. Mons. Romero señaló a los responsables de estas acciones con libertad insobornable y, contrario a lo que alegaron sus enemigos, juzgó con severidad las acciones de las organizaciones populares y político militares. Es cierto que las animó en lo justo y alabó su entrega, pero también las amonestó e incluso condenó algunas de sus acciones. En esto fue imparcial e incluso inflexible con todos los sectores. Pero la denuncia siempre la acompañó de un llamado a la conversión personal y a la transformación de las estructuras sociales. A cada sector social le dirigió una palabra oportuna y exigente a la vez. El más conocido es el llamado que hizo al ejército y a los cuerpos de seguridad, en su última homilía. Pero semanas antes, hizo otro llamado a la oligarquía, al servicio de la cual se encontraban éstos, "Les repito lo que dije la otra vez: no me consideren juez, ni enemigo, soy simplemente pastor, el hermano, el amigo de este pueblo, que sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias. Y en nombre de esas voces, yo levanto mi voz para decir: no idolatren las riquezas, no las salven de manera que dejen morir de hambre a los demás. Hay que compartir para ser felices".

En cambio, no fue imparcial a la hora de pronunciarse por los proyectos socio-políticos en pugna, porque se puso del lado de los pobres, porque eran la mayoría,

porque eran los más desprotegidos y porque en su proyecto político vio más posibilidades que en el de la oligarquía, apoyada en el ejército y el imperialismo estadounidense. En su parcialidad hacia los pobres fue valiente, “no nos avergonzamos nunca de decir ‘la Iglesia de los pobres’, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención”. En las víctimas de la represión, al igual que Isaías y Pablo, vio al crucificado, “Ustedes son la imagen del Divino traspasado... un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza”. En ese pueblo, abandonado y sin rumbo, encontró una capacidad inagotable para encontrar salida a las situaciones más desesperadas, así como una gran resistencia ante las adversidades, lo cual le animó sobremanera y él, a su vez, animó a otros. En la homilía dominical se hizo presente en el sufrimiento. En esta comparecencia semanal ante la nación y la Iglesia, consolaba a las víctimas, repudiaba el crimen, apoyaba los reclamos justos de las organizaciones sociales, daba esperanza y anunciaba la trascendencia de Dios, más allá de cualquier proyecto o circunstancia históricas. El calor humano con el cual se dirigía al pueblo salvadoreño, atribulado por cargas y pesares, lo hizo cercano, y con él, también hizo cercano a Dios mismo. “Yo no soy más que el humilde resonar de Dios en este pueblo”.

Identificado con el sufrimiento de las víctimas de la represión, fue el primero en comenzar a guardar memoria histórica de todas ellas. Todas las semanas, denunciaba aquellos hechos de los cuales tenía conocimiento. Por principio, mencionó los nombres de todas las víctimas sin distinción y agregó detalles sobre el lugar y las circunstancias en las cuales habían ocurrido los hechos que lamentaba y condenaba. Antes, se informaba de todo ello con interés y si le faltaba información, preguntaba. Nunca se olvidó de las víctimas, aun cuando hacer memoria de ellas y reclamar justicia alargara la homilía. Su pretensión no era hacer una denuncia con precisión jurídica, sino algo más profundo, devolver la dignidad perdida a las víctimas, ya que en ello estaba en juego la decencia de la Iglesia y la credibilidad de Dios. El hacer memoria de ellas era expresión de su solidaridad y de su amor por el pueblo sufriente. Al hacer memoria generó esperanza, en un país donde el terror y la muerte reinaban.

Veinticinco años después, Mons. Romero se desviviría por contrarrestar el desencanto actual. Hoy también la esperanza es poca y abunda el desencanto. La adversidad que le tocó confrontar no era menor que la actual, aunque su contenido es diverso. No obstante, la cuestión de fondo es la misma. Hoy como ayer, las mayorías populares no ven una salida para su vida personal y social, en el país. Buscan falsas salidas en el exterior o en el fundamentalismo religioso, es decir, miran al norte y al cielo. Las expectativas que los acuerdos de 1992 despertaron ya se han desvanecido. Los llamados a ocuparse del futuro para animar a una población cansada de esperar unas promesas incumplidas, caen en el vacío, por falta de fundamento y credibilidad. Sin embargo, hoy como ayer, Mons. Romero se esforzaría por hacer renacer la esperanza. Lo haría para ser consecuente con su misión de pastor y sobre todo, lo haría por amor a las víctimas y a sus



familiares. “La Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza en los hombres”, volvería a sentenciar. Se desviviría por levantar el ánimo de la gente, pero no alrededor de banalidades, por muy atractivas que puedan parecer, sino a partir de las realidades de la vida misma, las cuales no siempre son las más agradables. En esto radica su mérito, en haber vislumbrado la esperanza en medio de la desesperanza.

En sus tres años de arzobispado, Mons. Romero hizo que la palabra de Dios acampara entre los salvadoreños, entre los pobres y abandonados, entre los campesinos y los obreros, entre los desaparecidos y los asesinados. Sin despojar al mensaje evangélico de su mordiente, aun cuando su fidelidad incomodara a los poderosos o al régimen militar, y sin buscar acomodos fáciles para contentar a los pobres o a quienes asumieron su causa política y militarmente, predicó con constancia y así despertó la esperanza. Hizo cercana y compasiva la palabra de Dios dirigida a los pobres; pero también la hizo amenazante para los poderosos. Su palabra veraz descubrió el fondo de los corazones y la corriente profunda de la historia. Es cierto que su predicación y su ministerio dividieron a la sociedad y a la Iglesia, pero muchos amantes de la verdad y la justicia la acogieron. A quienes lo acusaron de ser causa de división y enfrentamiento, les recordó, a mediados de su ministerio arzobispal, en 1978, que “No es sembrar aquí la discordia, simplemente es gritar al Dios que llora, el Dios que siente el lamento de su pueblo, porque hay mucho atropello, el Dios que siente el lamento de sus campesinos, que no pueden dormir en sus casas, porque andan huyendo de noche, el lamento de los niños que claman por sus papás, que han desaparecido, ¿dónde están? No es eso lo que esperaba Dios”. Con Mons. Romero, la palabra de los salvadoreños subió hasta Dios. Los clamores del pueblo y sus esperanzas fueron recogidos y presentados ante Dios por su profeta y pastor.

No se puede avanzar en la consolidación de la esperanza sin denunciar las idolatrías de los tiempos. Hoy, Mons. Romero denunciaría proféticamente la idolatría del capital, la de los poderosos de siempre, quienes se niegan a compartir y dejan morir de hambre y enfermedad, antaño oligarcas terratenientes, ahora financieros y dedicados a los servicios, cuyo dios es el dinero y cuyo culto es el afán insaciable de enriquecimiento, disfrazado de competitividad. Denunciaría la idolatría del poder, cuya ambición no tiene límites y cuyo culto es el autoritarismo desmedido, que disfruta obscenamente con la demostración de su fuerza que avasalla y humilla al débil. Denunciaría también la idolatría del individualismo, cuyo dios es el yo exacerbado y cuyo culto es la comodidad y la diversión. Y, finalmente, denunciaría la idolatría de quienes fabrican un dios todopoderoso para prometer prosperidad capitalista, sanidad engañosa, bienestar material, seguridad falsa, a quien le entrega su dinero y su vida, y al que se acogen los desesperados, que vagan sin rumbo. Los ídolos prometen vida, pero a cambio exigen sacrificios humanos y, por lo tanto, muerte. Mons. Romero no se dejó engañar por sus falsas promesas y los desenmascaró ante su pueblo, para que éste no cayera en la tentación, al mismo tiempo que le señalaba el camino por el cual Dios quería llevarlo. La reciedumbre de sus tiempos no fue obstáculo para llevar a cabo esta dimensión profética de su misión. Hoy tampoco debiera serlo. Los desanimados y timoratos no deben olvidar que nunca ha habido tanta esperanza en El Salvador como en la época de Mons. Romero.

La tarea de generar esperanza no es nada fácil, pero en Mons. Romero se encuentra un ejemplo sobre cómo hacerlo. A diferencia de los dirigentes de hoy, Mons. Romero se tomó con una seriedad ejemplar su responsabilidad de pastor primero y de referente social después. Esta seriedad lo llevó a la disponibilidad y a la apertura para escuchar y consolar a los desesperados o abandonados, y a rendirles cuenta de sus acciones. Hoy como ayer, Mons. Romero establecería un diálogo permanente con su pueblo y sus dirigentes políticos y económicos. El pastor y el predicador primero es discípulo que escucha. No monopolizaría la verdad, sino que, al igual que ayer, cuando pidió "buscar entre todos la verdad", pediría ayuda y se dejaría ayudar para encontrarla, en las complejidades del mundo actual. Las estructuras de la arquidiócesis serían, a igual que entonces, mecanismos de diálogo, en este afán por encontrar la verdad. Cualquier encuentro o instancia serían aprovechados para preguntar, para conocer, para escuchar.

Nunca se olvidó de las víctimas, aun cuando hacer memoria de ellas y reclamar justicia alargara la homilía. Su pretensión no era hacer una denuncia con precisión jurídica, sino algo más profundo, devolver la dignidad perdida a las víctimas, ya que en ello estaba en juego la decencia de la Iglesia y la credibilidad de Dios.

En cambio, los dirigentes actuales se toman las cuestiones más serias de la realidad con pasmosa superficialidad, no verifican la veracidad de sus afirmaciones y mienten sin vergüenza. No parecen interesarse más que el medro propio o el de su grupo o partido. “Estamos en un mundo de mentiras, donde nadie cree ya nada”, dijo Mons. Romero, en 1979; pero es una afirmación válida hoy en día. La corrupción y el robo son normales, así como el reaccionar de forma violenta ante la frustración y el contratiempo. Hoy como ayer “Sobran los aduladores, sobran los falsos profetas, sobran, en tiempos conflictivos, como los nuestros, quienes tienen la pluma pagada y la palabra vendida”, en 1978, al poder oligárquico e imperial; veinticinco años después, al capital financiero y de servicios y transnacional. Hoy se echan en falta conciencias críticas lúcidas, solidarias con las mayorías pobres y consagradas a confirmar en la esperanza.

Hoy, Mons. Romero insistiría en la verdad y en la memoria histórica. Exigiría la verdad sobre el pasado y, por lo tanto, desmentiría las versiones falsas de lo que realmente ha ocurrido en el país. Desenmascararía a los falsos héroes y, en cambio, exaltaría a las víctimas y a los mártires. Rechazaría la tesis de la simetría, que coloca en el mismo nivel el terrorismo estatal y la reacción de las mayorías reprimidas, oligarquía y mayorías populares. Asimismo, rechazaría el pragmatismo que sacrifica los principios de otro tiempo para acomodarse al poder y medrar. No se conformaría con que la situación es distinta, ni tampoco con que los derechos humanos ya no se violan como antes, sino que exigiría poner fin a la injusticia y a la violencia y mostraría las nuevas formas de violación de los derechos humanos. Animaría a presentar demandas contra los violadores de los derechos humanos de ayer y hoy y se alegraría de los triunfos de las víctimas, en los tribunales internacionales. Desautorizaría los llamados a mirar al futuro por ser una excusa para escabullir las responsabilidades del pasado y también las actuales. Se negaría a identificar los intereses y las aspiraciones del pueblo salvadoreño con un determinado partido político u organización social, aunque sabría reconocer en ellos su compromiso por el cambio de las estructuras. Continuaría utilizando los términos justicia e injusticia, opresión y liberación, clase dominante y pueblo, imperio e independencia para describir la realidad nacional, aun cuando fuera descalificado como fuera de lugar y políticamente incorrecto. Llamaría al trabajo arduo y sacrificado para construir una nueva sociedad, fundamentada en la verdad, la justicia y la paz. Estaría presto a la reconciliación, fundamentada en la verdad y el arrepentimiento sincero. Celebraría con ternura y agradecimiento los aniversarios de los mártires salvadoreños y pondría de ejemplo su entrega.

Hoy como ayer, en su profecía y utopía, expresaría lo más hondo de su fe y su amor al pueblo que le encomendaron cuidar. Su misión sería anunciar de nuevo que, en medio del desencanto, “Ya está fulgurando la aurora de la resurrección... Y hemos de esperarla, como cristianos, no sólo en dimensiones políticas coyunturales, sino en dimensiones de fe y esperanza. Esta es la misión que yo estoy cumpliendo”. Hoy como ayer, Mons. Romero cumpliría esta misión con gran credibilidad, por su cercanía al sufrimiento y su compromiso con la verdad. No adopta-

ría la postura cómoda de alejarse del dolor humano y no temería si por ello despertara de nuevo la cólera de los poderosos de este mundo, ni que lo acusaran de desfasado, porque callar ante la injusticia y la opresión del pueblo sería traicionar su misión. Para él, la postura correcta es “mirar desde esta perspectiva el misterio de nuestra salvación, porque la historia de cada pueblo, de cada familia, es como el instrumento de Dios para salvar a ese hombre, a ese pueblo, a esa familia. Por eso, puede parecer muchas veces que la predicación toca cosas muy peligrosas y que sea más fácil callar, pero entonces no cumpliría la palabra evangélica su misión de iluminar, en el misterio de Cristo, la realidad del pueblo”. Los reclamos y las protestas no se harían esperar y llegarían hasta Roma, al igual que ayer.

Cuando pidieron al Vaticano su destitución, reaccionó con la humildad de quien se sabía enviado y, por lo tanto, que trabaja para otro, “Yo no tengo inconveniente en ser destituido, ni tengo ambiciones en el poder de la diócesis, simplemente considero que esto es un servicio que, mientras el Señor, por medio del pontífice, me mantenga en él, seré fiel a mi conciencia, a la luz del evangelio, que es lo que yo trato de predicar, nada más, ni nada menos”. A continuación dio cuenta de cómo cumplía su oficio de pastor, “estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo, miro a mi alrededor, a mi pueblo, lo ilumino con esta palabra y saco una síntesis para poderla transmitir y hacerlo, a este pueblo, luz del mundo, que se deje guiar por los criterios no de las idolatrías de la tierra. Y por eso, naturalmente, que los ídolos de la tierra y las idolatrías de la tierra sienten un estorbo en esta palabra y les interesa mucho más que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Suceda lo que Dios quiera, pero su palabra... no está amarrada”.

No falta quien objete que Mons. Romero se equivocó. Esta objeción es válida desde el desencanto de quien sólo considera lo inmediato y pragmático. Hoy repetirían esta misma objeción. Pero para quien mira lejos y tiene esperanza, ni Jesús, ni Mons. Romero se equivocaron. Desataron una esperanza, a veces con altibajos, pero esperanza al fin y al cabo, la cual animó y aun anima, veinticinco años después, a muchos, sobre todo a los pobres y a quienes se solidarizan con ellos. La cuestión que se nos plantea hoy es si nos sumamos o no a esa corriente de esperanza que Mons. Romero desencadenó, en El Salvador, pero que se remonta a los orígenes del cristianismo, a Jesús mismo. En este aniversario, Mons. Romero repite la invitación a continuar con la tarea empezada, pide disponibilidad para el servicio, valor para trabajar de forma incansable por la salvación y audacia para mantener la esperanza y la alegría, pese a los contratiempos, las resistencias y los ataques.

Al igual que Mons. Romero, para construir esperanza, habría que volver al anuncio del reino de Dios, es decir, anunciar una buena noticia para los pobres. Habría que volver a la intuición fundamental de vivir la fe en comunidad. Habría que recuperar la parcialidad de Dios y su Cristo hacia los pobres y las víctimas de este mundo. Habría que recuperar la opción por los pobres. Así como también recordar y honrar la memoria de quienes la vivieron hasta el extremo: los

mártires. En una realidad de miseria y opresión, la esperanza es siempre histórica y en contradicción con la realidad actual. Y, al igual que Mons. Romero, habría que mantenerla en medio de y en contra del desencanto, de la injusticia y de la muerte, y sin perder de vista el triunfo de la fraternidad, la justicia y la vida. Su esperanza no fue, ni lo sería hoy, una esperanza engañosa o vacía, porque responde a una conciencia clara de una misión, recibida de Dios y destinada al pueblo y a la Iglesia salvadoreñas. La seriedad y la responsabilidad con las cuales asumió esa misión hicieron de Mons. Romero un mártir. El fundamento de su esperanza eran Dios y el pueblo. En ellos encontró fuerzas para superar el desaliento y ellos lo animaron a seguir adelante, aun cuando el ataque arreciaba. Por eso, sus denuncias, pese a las apariencias, estaban transidas de esperanza. "Le pido al Señor... que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión".

Hoy, para celebrar a Mons. Romero, hay que mirar a sus dos grandes amores, a su pueblo y a Dios, mientras se recorren sus caminos. Dicho de otra manera, veinticinco años después, celebrar es seguimiento para dar continuidad a la misión, que no es suya, sino que proviene de Jesús y, en última instancia, del Padre. Proclamar a Mons. Romero pastor, profeta y mártir sin seguimiento, es dejar fuera lo fundamental. No es una mera eventualidad que Mons. Romero encargara a quienes lo escuchaban reproducir la palabra que predicaba. No se trata de imitar. Él sería el primero en rechazar tal cosa. Sino de seguir la misión que le encomendaron y que él encomendó a quienes acogían su mensaje. Esa misma palabra debe ser historizada y anunciada hoy en día. Mons. Romero señaló el camino. Empezarlo, tal como él lo pidió, es seguir, es vivir y hacer como él vivió e hizo, fiel a Dios y al pueblo.

Padre comprensivo de la miseria humana, pero duro contra los injustos, al igual que los profetas del Antiguo Testamento, Mons. Romero siempre estuvo disponible para atender el clamor de su pueblo. Cualquier compromiso de su agenda debía esperar ante la solicitud de una madre atribulada o de un trabajador desesperado. Esta actitud puede parecer poco seria, y lo es, sin duda, desde una perspectiva administrativa, y no dejó de ocasionarle problemas, pero era la verificación de su compromiso con el pueblo que le habían confiado. Este le habló como se habla a un padre. Veinticinco años después, le sigue hablando como a un padre. Quizás le pide favores o "milagros", pero no lo hace tanto porque lo considere un santo poderoso, que reparte portentos, sino porque ve en él a un obispo bueno, a alguien que lo quiso y lo quiere de verdad. El pueblo salvadoreño le correspondió con el mismo cariño. Por eso, Mons. Romero solía afirmar que no costaba ser pastor con este pueblo. Consciente de la inminencia de su muerte, declaró que si lo mataban, resucitaría en el pueblo salvadoreño. Y eso es, precisamente, lo que ha sucedido, de lo cual este editorial da testimonio público.

San Salvador, 24 de marzo de 2005.